

Prendendo il cibo di qualunque ostello.

Or voglion quinci o quindi chi rincalzi  
Gli moderni Pastori, e chi gli meni,  
Tanto son gravi, e chi dirietro gli alzi.

Cuopron de' manti loro i palafreni;  
Si che due bestie van sott' una pelle:  
Oh pazienza, che tanto sostieni!

A questa voce vid' io più fiammelle  
Di grado in grado scendere e girarsi;  
Ed ogni giro le faceva più belle.

Dintorno a questa vennero e fermarsi,  
E fèro un grido di sì alto suono,  
Che non potrebbe qui assomigliarsi;  
Nè fo lo 'ntesi, sì mi vinse il tuono.

## CANTO XXII.

Oppresso di stupore, alla mia Guida  
Mi volsi, come parvol che ricorre  
Sempre colà dove più si confida;

E quella, come madre che socorre  
Subito al figlio pallido ed anelo  
Con la sue voce, che 'l suol ben disporre,  
Mi disse: Non sai tu che tu se' 'n Cielo,  
E non sai tu che 'l Cielo è tutto santo,  
E ciò che ci si fa vien da buon zelo?

Come t' avrebbe trasmutato il canto,  
Ed io ridendo, mo pensar lo puoi,  
Poschiachè 'l grido t' ha mosso cotanto;

Nel qual se 'nteso avessi i prieghi suoi,  
Già ti sarebbe nota la vendetta,  
La qual vedrai innanzi che tu muoi.

Ma spada di quassù non taglia in fretta,  
Nè tardi, ma che al parer di colui  
Che desiando o temendo l' aspetta.

Ma rivolgiti omai inverso altrui;  
Ch' assai illustri spiriti vedrai,  
Se, com'io dico, l' aspetto ridui.

Come' a lei piaque gli ochi dirizazi,  
E vidi cento sperule, che 'nsieme  
Più s' abbellivan con mutui rai.

Io stava come quei che 'n sè ripreme  
La punta del diso, e non s' attenda  
Di dimandar, sì del troppo si teme;

E la maggiore e la più luculenta  
Di quelle margherite innanzi fessi,  
Per far di sè la mia voglia contenta.

Foi dentro a lei udi': Se tu vedessi,  
Com' io, la carità che tra noi arde,  
Li tuoi concetti sarebbero espressi;

Ma perchè tu, aspettando, non tarde  
All' alto fine, io ti farò risposta  
Pure al pensier, di che sì ti riguarde.

Quel monte, a cui Cassino è nella costa,  
Fu frequentato già in su la cima  
Dalla gente ingannata e mal disposta.

Ed io son quel che su vi portai prima  
Lo nome di Colui che'n terra addusse  
La verità che tento ci sublima;

E tanta grazia sovra me rilusse,  
Ch' io ritrassi le ville circostanti  
Dall' empio culto che 'l mondo sedusse.

Questi altri fuochi, tutti contemplanti  
Uomini furo, accesi di quel caldo  
Che fa nascere i fiori e i frutti santi.

van dos bestias bajo una sola piel. (1) ¡Oh paciencia que tanto toleras!»

A estas últimas palabras, ví á varios resplandores bajar y correr de grada en grada, siendo á cada movimiento que hacian mas resplandecientes. Cuando estuvieron en torno del otro espíritu que antes me hablára, se pararon, arrojando un grito tal, que no hay estruendo aquí abajo que pueda comparársele: imposible me fué comprenderle por haberme anonadado su retumbo.

## CANTO XXII.

Mudo de asombro me volví á mi guía, como el niño que siempre se ampara adonde encuentra mas apoyo; y ella, como una madre que de repente acude en auxilio de su hijo azorado y pálido, con voz acostumbrada á calmarle, me dijo:

«¿No sabes que estás en el cielo, que es todo seguridad, y que cuanto se hace en él procede de un buen celo? ¿Cómo habrias podido resistir el canto de las luces y mi sonrisa, si te ha conmovido tanto un solo grito? ¿A haber comprendido las preces que contiene, sabrias la venganza que verás antes de tu muerte.»

«Nunca la espada de lo alto hiere ni harto pronto ni tarde, en concepto del que lo espera con placer ó con temor. Ahora vuélvete hácia otro lado, y verás á muchos espíritus ilustres, si sigue tu mirada la direccion que te indico.»

En efecto, miré adonde ella quiso, y ví á cien pequeñas esferas que se embellecian entre sí con sus mútuos rayos. Mi situacion fué entonces la del que está animado de un ardiente deseo y no se atreve á preguntar cosa alguna por no extralimitarse. Pero la mayor y mas brillante de aquellos perlas se adelantó despues para satisfacer mi curiosidad; oyendo luego en su interior. (2)

«Si tú vieses como yo la caridad que arde en nosotros, habrian sido manifestadas tus ideas; pero á fin de que por tu silencio no llegues demasiado tarde al objeto sublime, aclararé anticipadamente la idea que mas te preocupa.»

«Aquel monte en cuya vertiente está Casino, fué frecuentado en otro tiempo, particularmente en su cumbre, por hombres extraviados y malos (3), siendo yo el primero en llevar allí la verdad que aquí tanto nos eleva. De tal modo brilló en mí la gracia, que arranqué las ciudades de sus alrededores al culto impio que sedujo al mundo.»

«Esos otros fuegos fueron todos hombres que se dedicaron á la vida contemplativa, abrasados en aquel ardor que hace nacer las flores y los frutos santos. Aquí están Macario (4) y Romualdo; y hay aquí tambien mis hermanos que se encerraron en el claustro con un corazon perseverante.»

(1) Dicton florentino.

(2) Aquel resplandor es San Benito, fundador, que vivió en el siglo vi.

(3) Habla un templo de Apolo.

(4) Hubo dos Macarios. Romualdo fundó la orden de los camaldulenses en 952.